

LOGROS Y AVATARES DEL PERÍODO DE LATENCIA

Lic. Miguel Angel Acquesta,

Lic. Graciela Vergel.

Facultad de Ciencias Sociales. UNLZ.

Comunicación Breve

El Período de “Latencia” para el Psicoanálisis

Se denomina Latencia al Período comprendido entre la declinación de la sexualidad infantil (quinto o sexto año de vida) y el comienzo de la pubertad. Representa un momento de detención en la evolución de la sexualidad. Durante el mismo se observa, desde este punto de vista, la disipación de las actividades e intereses sexuales, la desexualización de las relaciones de objeto y el auge de los sentimientos (con especial predominio de la ternura por sobre los deseos sexuales), la aparición del pudor, del asco y de las aspiraciones morales y estéticas.

El período de latencia hace su aparición con la declinación del Complejo de Edipo y se corresponde con una intensificación de la represión, que provoca una amnesia que abarca los primeros años de vida. Aparece la transformación de las catexis de objetos en las identificaciones con los padres y el desarrollo de las sublimaciones. (Diccionario de Psicoanálisis. J. Laplanche, J. Pontalis).

Este período del desarrollo infantil postulado por S. Freud, que toma y desarrolla este concepto de Fliess en “Tres ensayos para una teoría sexual” (1905), es considerado como un receso en la evolución sexual, entre el primer cierre del Complejo de Edipo y la consiguiente constitución del Superyó y la metamorfosis de la pubertad.

25

Es una de las fases menos estudiada, tanto por el Psicoanálisis como por la Psicología en general. Resulta, sin embargo, -y pese a la restricción, fundamentalmente bibliográfica - de vital importancia para profundizar la temática del presente seminario, destacar algunos procesos que se desarrollan durante este período, en estrecha vinculación con la formación del Superyó, la constitución de la moral y en relación con el curso y el manejo de las pulsiones.

Desde la concepción psicoanalítica el Período de latencia se aborda desde dos concepciones complementarias. Una vincula este momento evolutivo con un punto de vista biológico, caracterizándolo como una etapa de detención del desarrollo libidinal caracterizado por una disminución de las actividades sexuales. La otra, más fructífera para comprender la importancia del período para el desarrollo infantil, es la que articula el período de latencia con la declinación del Complejo de Edipo y las formas de su resolución.

Si bien siempre resulta difícil establecer límites temporales concretos en el campo de la Psicología Evolutiva, podríamos ubicar este Período entre los 6 y los 10 años. Algunos autores (Bornstein y Uribarri entre otros) postulan la existencia de dos subperíodos, a los que denominan primera y segunda latencia o latencia temprana y tardía, constituyendo los 8 años la división entre ambos. En su descripción de la sexualidad infantil, Freud postula que en el Período de Latencia se produce una cierta “sofocación” de la actividad sexual y que durante el mismo *“se edifican los poderes anímicos que más tarde se presentarán como inhibiciones en el camino de la pulsión sexual y angostarán su curso a la manera de unos diques (el asco, el sentimiento de vergüenza, los reclamos ideales en lo estético y en lo moral)”*. Incluirá, más adelante, entre estos diques, a la compasión. Freud va a destacar que tales conductas no son resultado de la educación sino que ésta acompaña a un “desarrollo de condicionamiento orgánico, fijado hereditariamente”. No niega la acción de la cultura sobre tales componentes orgánicos, ya que admite que en el desarrollo del hombre primitivo no se observa un período similar al de la Latencia. Dicha “sofocación” de la pulsión da lugar, entre otras cosas, a un monto pulsional libre que pasará a volcarse hacia otras actividades, por ejemplo, las ligadas al aprendizaje. Este fenómeno se refuerza en función del proceso de sublimación. Dice al respecto, Freud: *“...probablemente a expensas de las pulsiones sexuales infantiles mismas, cuyo aflujo no ha cesado, pues, ni siquiera en este período de latencia, pero cuya energía -en su totalidad o en su mayor parte - es desviada del uso sexual y aplicada a otros fines. Los historiadores de la cultura parecen contestes en suponer que mediante esa desviación de las fuerzas pulsionales sexuales de sus metas, y su orientación hacia metas nuevas (un proceso que merece el nombre de sublimación), se adquieren poderosos componentes para todos los logros culturales”*.

Los mecanismos de la sublimación son explicados por Freud al describir las características de las pulsiones infantiles. Las mismas serían en este momento evolutivo, por un lado, *inaplicables ya que las funciones reproductivas están diferidas*, pero, por otro, *serían perversas ya que partirían de las zonas erógenas y se sustentarían en pulsiones que sólo provocarían displacer*. *“Por ello suscitan fuerzas anímicas contrarias (formaciones reactivas) que construyen, para la eficaz sofocación de ese displacer, los mencionados diques psíquicos: asco, vergüenza y moral”*.

Siguiendo a Laplanche y Pontalis (obra citada) se entiende por sublimación al “proceso postulado por Freud para explicar ciertas actividades humanas que aparentemente no guardan relación con la sexualidad, pero que hallarían su energía en la fuerza de la pulsión sexual. Freud describió como actividades de sublimación principalmente la actividad artística y la investigación intelectual. Se dice que la pulsión se sublima, en la medida en que es derivada hacia un nuevo fin no sexual, y apunta a objetos socialmente valorados”. Ese aspecto del cambio de meta de la pulsión sexual es lo característico de este mecanismo defensivo. Dice Freud al respecto: “La pulsión sexual pone a disposición del trabajo cultural cantidades de fuerza extraordinariamente grandes, en virtud de la particularidad, singularmente marcada de dicha pulsión, de poder desplazar su fin sin perder en esencial su intensidad. Esta capacidad de reemplazar la meta sexual originaria por otro fin, ya no es sexual pero se halla psíquicamente emparentada, la denominamos capacidad de sublimación”. Cabe pensar aquí que perjuicios se observan en las actividades de orden cultural e intelectual motivados por la disminución de las actividades sublimatorias. Nótese además esta interesante observación de Freud en el mismo trabajo citado, cuando destaca que la sublimación afecta especialmente a las pulsiones parciales: “Así, las fuerzas libidinales utilizables para el trabajo cultural provienen en gran parte de la represión de lo que denominamos elementos perversos de la excitación sexual”. En el mismo sentido el mismo Freud sugirió que el proceso de sublimación puede no limitarse a las pulsiones sexuales sino también afectar a las pulsiones agresivas (Jones E. “Vida y obra de Sigmund Freud”. Ed. Nova). Es evidente que la tendencia actual a la descarga directa de las pulsiones sexuales y agresivas sin mediación alguna afecta los resultados del proceso sublimatorio con una disminución consiguiente de la energía destinada a las actividades intelectuales y culturales en general.

Cabe que señalar Freud utiliza la denominación Período en lugar del término Fase con el que venía designando a las anteriores etapas del desarrollo psicosexual. Esta distinción no es solamente terminológica y tiene un profundo significado teórico, es así que la fase es una etapa del desarrollo psicosexual con una organización de la libido propia, caracterizada por la primacía de una zona erógena determinada (por ejemplo la oral) y por el predominio de un modo específico de relación de objeto (la incorporación por ejemplo). Ahora bien en el Período de latencia no aparece ninguna nueva zona erógena que ejerza primacía, ni se observa el predominio de ningún modo de relación de objeto, por lo que no puede hablarse de una nueva organización de la sexualidad. Otro de los elementos que Freud toma para considerar a la latencia no como a otra Etapa del desarrollo psicosexual sino como Período, es que en el mismo no se modifica la meta sexual infantil, tal como ocurrirá después en la Etapa genital. Dicha meta de la pulsión infantil consiste en producir la satisfacción mediante la estimulación apropiada de una zona erógena que, de un modo u otro, ha escogido. Se conserva también el carácter esencialmente autoerótico de la sexualidad infantil en el cual el modo básico de satisfacción lo constituye la actividad masturbatoria. Otros elementos distintivos del Período son las pulsiones parciales (las pulsiones del placer de ver y de exhibir y de la crueldad). En este Período se desarrolla también la curiosidad y la investigación sexual infantil, ambas de vital importancia para el aprendizaje y el desarrollo cognitivo posterior que hacen a la

pulsión de saber. Como resultado de ello, todas las sociedades han aprovechado este momento del desarrollo para transmitir al niño las habilidades consideradas básicas y necesarias para la supervivencia (desde el aprender a cazar hasta los procesos de alfabetización). El control de las pulsiones que se instala en este Período lo hace posible -de hecho concuerda con el inicio del aprendizaje sistemático - y la escuela debería reforzar este proceso. Erikson denominó, en el mismo sentido, al conflicto básico correspondiente a este período “Industria vs. Inferioridad” destacando este aspecto del aprendizaje de nuevas habilidades y la tendencia ya no a hacer por el hacer mismo sino a hacer bien, estableciéndose un sentimiento de laboriosidad.

En el mismo sentido es necesario destacar que el niño comienza en este momento evolutivo un largo camino, no siempre logrado, hacia la exogamia; es precisamente en este Período cuando se manifiesta por primera vez una corriente de distanciamiento de sus padres (originada en las defensas contra los deseos edípicos y la acción del Superyó) quienes irán perdiendo importancia ante la influencia creciente del grupo de pares u otras figuras del contexto social que resulten significativas. El niño, ante el desenlace del drama edípico, comprende que no tiene el lugar que creía, que debe renunciar a los deseos incestuosos y éste constituye su primer movimiento exogámico. Los padres van perdiendo su lugar idealizado, a partir de que son introyectados en el Superyó; se abandona la creencia en la omnipotencia paterna y aparecen nuevas tendencias identificatorias que favorecen el desarrollo yoico. Este cambio es debido a que las relaciones de objeto se abandonan y son sustituidas por identificaciones. Es decir, termina la dependencia completa de los padres y la identificación empieza a tomar el lugar del objeto amoroso. El establecimiento de estas identificaciones hace que el niño sea más independiente de las inestables relaciones de objeto de los primeros años.

Tradicionalmente, desde la Psicología Evolutiva se manifestaba que este proceso iba acompañado también por un desplazamiento de la visualización de la autoridad de los padres hacia los maestros y hacia otras figuras del entorno social. En los tiempos que corren, empero, en los que la institución escolar no ha quedado a salvo de la crisis generalizada de valores, la escuela debe enfrentarse no sólo con la construcción frágil o nula del concepto de autoridad de los alumnos, sino con la confusión de sus progenitores que, de modo cada vez más habitual, desautorizan al docente, aliándose con sus hijos -implícita o explícitamente - a la hora de incumplir o infligir los códigos o pautas de convivencia. Resulta tan difícil de verificar que algo tan diluido como la autoridad paterna pueda desplazarse hacia la institución escolar como el hecho de determinar si las figuras docentes están en condiciones de afrontar tal desplazamiento, si lo hubiere, teniendo en cuenta la falta de apoyo en tal sentido de las “autoridades” educativas de turno.

Otras características esenciales atribuibles al Período de Latencia y que hemos intentado considerar a la luz de los fenómenos propios de nuestra de nuestra época, son:

- Se van imponiendo el principio de realidad y el proceso secundario de pensamiento, en función de los cuales va surgiendo una incipiente capacidad de posponer, evitando la descarga inmediata. *Aquí se hace necesario un replanteo: la cultura actual en la que nuestros niños están inmersos tiende,*

precisamente, a fijar al niño a un patrón de conducta de descarga sin postergaciones. Nada debe ser pospuesto, todo tiende a una ahoridad sin espacio para la reflexión sino hacia el puro acto.

- Se producen avances importantes en el control de la motilidad, vinculados también al proceso de maduración neurológico y que le permiten al niño entre otras cosas “quedarse quieto”. *Es interesante añadir aquí que –si bien los aspectos neurológicos no alterarían su decurso en tanto que como logros madurativos poseen mayor fijeza – se han incrementado los cuadros de hiperactividad y de hiperkinesia. Hoy los niños sólo pueden “quedarse quietos”, frente a pantallas aceleradas e imágenes inquietantes. Apagadas las mismas, los niños son los que se encienden, generándose una secuencia poco saludable de “pasividad/incremento de la actividad” sin términos medios o pausas de ritmo atemperado.*

- El poder coartar, en alguna medida, la acción, le permite al niño un ir hacia adentro, una cierta reflexividad. Se incrementan el diálogo interno y la fantasía. *Constituye ésta otra cuestión a ser revisada o a ser tenida en cuenta como un aspecto -sino perdido, en franco riesgo de extinción -. El niño contemporáneo, cautivo tanto de la imagen como de la cultura de la hiperactividad ya mencionadas, es inducido a la exacerbación de la acción, pero hacia una acción mediatizada por dispositivos cuya manipulación frenética promueven resultados inmediatos, llamativos, tan atractivos como catárticos. Tanto el diálogo interior como la posibilidad de sumergirse en el mundo de la fantasía, están siendo desplazados peligrosamente, por la prevalencia de un mostrar no elaborativo, de un puro show y por la oferta de estímulos prediseñados desde afuera.*

- Se manifiesta una marcada ambivalencia ante los mandatos del Superyó, y oscilaciones entre el acatamiento o sumisión, y la rebeldía con sentimientos de culpa. Esto da lugar a un primer trabajo psíquico tendiente a tratar de lograr un equilibrio entre lo prohibido y lo permitido. *Sin embargo, en una sociedad en la que los límites resultan tan desdibujados, la balanza de la ambivalencia se inclina hacia una zona imprecisa que va desde un acatamiento prácticamente sumiso respecto del consumo, hasta una rebeldía sin demasiado sentido y proveniente de la asimetría niño/mundo adulto.*

- Aparecen cambios en la esfera intelectual (desaparece el funcionamiento intuitivo y sincrético para ir dando lugar al pensamiento operatorio concreto).

- El juego se va organizando, se hace más compartido y socializado; aparece el juego reglado. Los avances en el desarrollo psicomotor permiten también una mayor riqueza en la expresión lúdica. *Evidentemente, y como correlato de lo ya expuesto, tanto el juego simbólico como el reglado, han ido perdiendo vigencia dentro del repertorio lúdico del niño contemporáneo. Los niños de nuestro tiempo prefieren los juegos “programados”, de índole solitaria o a lo sumo “en red” y en ámbitos cerrados. El niño ha ido perdido creatividad o –lo que es más triste – se ha ido perdiendo al niño como sujeto privilegiado de creación lúdica. La imaginación, otrora patrimonio por excelencia de la infancia, ha sido devaluada y ya no interesan resultan necesarios los juegos en los que aparecía el ensayo de roles. No en vano, algunos expertos han abierto en algunas instituciones educativas y afines, talleres de juegos, de construcción y uso de juguetes, así como especializaciones en recreación.*

- Aparece un cierto manejo de los sentimientos lo cual se manifiesta por la mayor estabilidad de los estados de ánimo del niño. Asimismo se observa una primer distinción entre las esferas pública y privada.

Haciendo un resumen de los logros de la latencia tenemos sintéticamente: a) El establecimiento de los diques contra las pulsiones –asco, vergüenza, moral, compasión, pudor, ideales estéticos- b) Instalación del mecanismo de la sublimación con la importancia del mismo para el trabajo intelectual y cultural c) El desarrollo de un primer proceso de distanciamiento de los padres d) Progresos en el control motriz e) Evolución del pensamiento ligada también a la curiosidad fundada en la investigación sexual infantil base de la pulsión de saber f) Logro de un sentimiento de laboriosidad, tendiente a hacer las cosas bien g) Mejor manejo de los sentimientos con mas estabilidad de los estados de ánimo y discriminación entre lo público y lo privado, relacionado con el pudor. h) Prepara al Yo proporcionándole los instrumentos para enfrentarse al incremento pulsional de la Pubertad. i) Instalación del Principio de Realidad por sobre el principio del placer con su consiguiente capacidad de posponer. No es casual entonces que el Período de Latencia sea el objeto fundamental del ataque mediático con el fin de provocar su desaparición, pudiendo hablarse de la latencia violentada.

Finalmente, respecto de lo que hace a las temáticas del presente Seminario, resulta de vital importancia revalorizar los aportes teóricos sobre la aparición y la formación de los diques pulsionales característicos de la latencia. Insistir con el tema del bombardeo mediático que tiende a sexualizar al niño desde edades cada vez más tempranas y a obstaculizar el devenir esperable de este Período, a fin de debilitar al Superyó recientemente constituido. Alejar o privar al niño de los recursos necesarios para controlar sus pulsiones, responde a la intención de conducirlo -de forma precipitada y precoz - hacia la Carrera de Consumidor. Tal es el sentido del barrido de los dispositivos de control de los impulsos y de la motilidad. Tal el propósito fundamental de propiciar la compulsión: porque no basta con querer comprar, es necesario hacerlo y ya. Todo ello a costa de un alto monto de displacer, tal como señalaba Freud.

Por otra parte, ¿para qué controlar –por ejemplo- las pulsiones parciales como la pulsión escópica o voyeurista, si resultan imprescindibles para vivir “a merced de la pantalla”?

Si bien es cierto que Freud destaca las bases hereditarias del Período de Latencia, también señala que en ciertas organizaciones sociales, su emergencia no se produce, como en el caso del hombre primitivo. En cierto modo, y en concordancia con las afirmaciones de Neil Postman respecto de la metáfora del retorno a la Edad Media (y sus secuelas de abolición del pudor, del secreto, de desvalorización de la lectura y del pensamiento), el boicot al Período de Latencia resulta absolutamente coherente. Porque, de lo que se trata, es de complicar o impedir la instalación de diques contra las pulsiones imprescindibles para el desarrollo emocional del niño y del futuro adulto. Se viene apuntando contra la Latencia, haciéndola un blanco de privilegio para la expansión de los mercados y sin que importen los costos emocionales ni las consecuencias sociales. Qué mejor motivo, entonces, para rescatar y revalorizar su importancia, a fin actualizar una entidad, que a nuestro criterio, debe ser resguardada.

Bibliografía:

Bornstein, Berta: “On Latency”, 1951

Freud, Sigmund: “Tres ensayos teoría sexual y otras obras” Obras Completas. Editorial Amorrortu.
Tomo VII

Jones E. “Vida y obra de Sigmund Freud” Ed. Nova

Laplanche J., Pontalis J. B.: “Diccionario de Psicoanálisis”. Editorial Labor.

Uribarri, R: “Replanteos sobre el período de latencia”. CEP.

Lic. Miguel Ángel Acquesta

Lic. Graciela Vergel